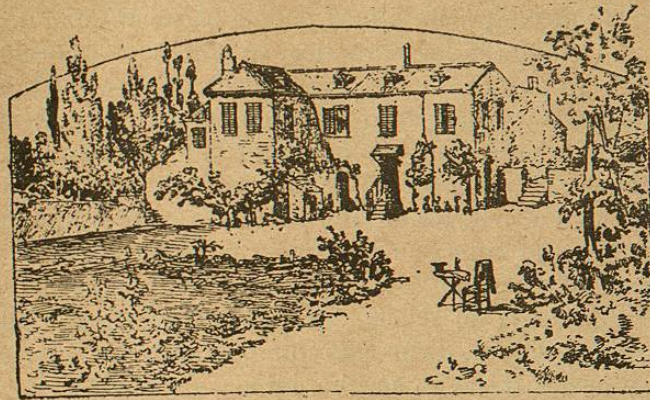


buenos ciudadanos.» Esta palabra, tomada entonces en sentido general, fué mejor comprendida cuando el domingo siguiente la autoridad desplegó como señal la bandera roja.

La agitación de París iba en aumento. La casualidad hizo que desde el domingo al domingo, desde el 10 al 17, la población, por diversas causas, se mantuvo en pie, siempre en alarma. Los que conocen aquella ciudad saben bien que en semejantes casos la agitación prolongada va creciendo y tiende á la explosión infaliblemente. El domingo 10, la multitud fué delante del cortejo triunfal de Voltaire; pero el mal tiempo impidió que atravesara París, y se detuvo en la barrera de Charenton. La fiesta se celebró el lunes siguiente con una concurrencia de pueblo increíble. En el muelle Voltaire, ante la casa en donde murió el grande hombre, se hizo alto y se cantaron coros en honor suyo: la familia de Calas, su hija adoptiva, madama Villete, fueron con lágrimas en los ojos á coronar el féretro. Muchos entre aquella multitud conmovida volvían las miradas hacia las Tullerías, hacia el pabellón de Flora, triste, cerrado y mudo, hostil á la fiesta, confundiendo en su odio al fanatismo y á la monarquía. Y no sin razón. Se había sabido por este informe leído en la Asamblea que los curas en varias provincias reunían al pueblo por la noche, obligándoles á cantar el *Miserere* por el rey, incitándoles á la guerra civil.

Voltaire fué colocado en su panteón; pero al otro día 13, otra fiesta, la Revolución representada en Nuestra Señora en un drama sacro, la *Toma de la Bastilla*, con grandes coros y á gran orquesta. El 14, sin respirar, el famoso aniversario congrega la muchedumbre en la Bastilla, de donde parten los cuerpos constituidos para ir por los boulevares al Campo de Marte; el obispo de París dice allí la misa en el altar de la patria. El tiempo era espléndido, la muchedumbre llenaba las calles; París estaba iluminado por la noche y las cabezas cada vez más exaltadas.



CAPITULO XIX

La Asamblea declara inocente al rey (15-16 de Julio del 91.)

Los constitucionales obligados á custodiar y envilecer al rey, al que quieren restaurar —Su doble miedo, Marat, etc.—La república menos difiel aún que la restauración de la monarquía.—La monarquía defendida en la Asamblea por Salles y Barnave, 15 de Julio del 91.—La Asamblea desvía las persecuciones contra el rey; persigue á Bouillé, etc.—Protesta en el campo de Marte —Intriga orleanista en las Jacobinos para obligar á que se pida la caducidad.—Los Jacobinos constitucionales se retiran á los Feuillants y preparan la represión, 16 de Julio del 91.—La Asamblea reprende á la municipalidad por demasiado moderada. Pequeño terror constitucional.—La petición del Campo de Marte se hace republicana.—La Asamblea se decide por el rey.

Los constitucionales desplegaron durante quince días mucha astucia y habilidad para salvar la monarquía, empleando en ello un vigor digno de mejor causa. Y á pesar de ello fueron engañados. Los republicanos siguieron un camino más recto, demostrando, en medio de su ignorancia, una especie de doble vista; si hubieran estado en las Tullerías, en el gabinete de la reina, no hubieran podido hacerlo mejor.

El 7 de Julio permitió la reina que el rey le diese á Monseñor poderes por escrito. Fersen había ido á verle y se los había dado verbalmente.

La reina odiaba á Monseñor, al hombre que más había trabajado y con mejor éxito para desacreditarla; y sin embargo se esfuerza para que el rey le dé sus poderes. ¿Quién es, pues, bastante poderoso para obligarla á que se sobreponga á su odio? Otro odio más grande aún y el deseo de vengarse.

¿Engañó á Barnave en Meaux, cuando aparentaba escucharle dócilmente? No era, yo así lo creo, sincera; volverá á serlo pronto, lo cual no impide que en este intervalo dirija sus miradas hacia otra parte, hacia la emigración y el extranjero.

La molestaba en extremo la vigilancia vejatoria de que era objeto. Los guardias nacionales que, el 21 de Junio, habían visto la terrible

responsabilidad que contraían ante el pueblo al encargarse de custodiar á la familia real, huían de las Tullerías, se negaban en absoluto á volver á tan peligroso puesto, y no cedieron hasta que no lograron la consigna de *custodiarla sin perderla de vista ni de noche ni de día*. De esto se originaron una porción de escenas cómicas, si no hubiesen sido crueles. La reina era la que les inquietaba sobre todo; tenían una idea terrible de sus habilidades; les faltaba poco para creer que aquella hada (ella lo había dicho de broma en Varennes) podría escaparse en globo. Recordando que la noche del 21 de Junio, había custodiado Gourvion inútilmente la puerta de su alcoba, exigieron que aquella puerta permaneciese siempre abierta, de manera que pudieran ver á la reina en su tocador y en el lecho. Hasta en su guardaropa pretendían los soldados ciudadanos acompañarla con la bayoneta calada, lo cual les fué echado en cara. La reina ideó que una de sus camareras se acostase delante de su cama, para que la ocultasen las colgaduras. Una noche vió que el guardia nacional de servicio daba la vuelta á aquella barrera y se dirigía hacia ella; no iba en actitud hostil, al contrario; era un buen hombre partidario de la monarquía, que quería salvarla y que se aprovechaba de aquella circunstancia para dar á la reina prudentes consejos; sin cumplimiento se sentó cerca de la cama, para predicarla más á su gusto.

Un día se le ocurrió al rey cerrar la puerta de la alcoba de la reina. El oficial de guardia la abrió, y le dijo que tal era su consigna, y que Su Magestad se tomaba un trabajo inútil cerrándola, porque él la abriría cuantas veces la cerrase.

La situación era verdaderamente cruel y ridícula. Los que daban aquella humillante consigna, Lafayette y los constitucionales, los que envilecían hasta aquel extremo (¿qué digo al rey? al esposo), querían, sin embargo, que fuese rey, y trabajaban vigorosamente para conseguirlo, hallándose dispuestos, en caso de necesidad, á desenvainar su espada en defensa de una monarquía que cada vez ponían más en ridículo y hacían más imposibles.

Creían que no había salvación para la Francia fuera de aquella ficción legal, de aquella sombra, de aquella nada, de aquel vacío. Partían del falso supuesto de que la monarquía había regresado efectivamente de Varennes; pero estaban equivocados, la monarquía se había quedado allá; lo que había vuelto era menos aun que la negación de la monarquía, era su parodia, la irrisión bárbara, la farsa, que era su suplicio.

¿Que querían aquellos extraños restauradores de la monarquía? Dos cosas contradictorias: que fuese á la vez débil y fuerte, que fuese y que no fuese. Comprendían claramente que cautiva, atada, agarrotada de aquella manera, debía estar conspirando constantemente; luego era preciso apretar más el lazo. Pero por otra parte tenían miedo de soltar y de que se armase aquella realza cautiva. Oían ruidos subterráneos que atormentaban su espíritu. El fantasma de la anarquía se le aparecía en

sus sueños, y hacían precisamente lo necesario para que tomase cuerpo. La voz cavernosa de Marat les parecía que era la del pueblo y eran ellos precisamente los que contribuían á popularizarla.

En aquella época divagaba Marat. No habiéndose dado cuenta de la situación ni tomado ninguna iniciativa, se venga con la atroz locura de su imaginación. Todo lo que se lo ocurrió proponer el 21 de Junio, fué un tirano y una matanza, el degüello general de la Asamblea y de las autoridades. En los números siguientes se entretiene con variaciones agradables: que se corten las manos, los pulgares, empalamientos, que se entierren vivos, etc.

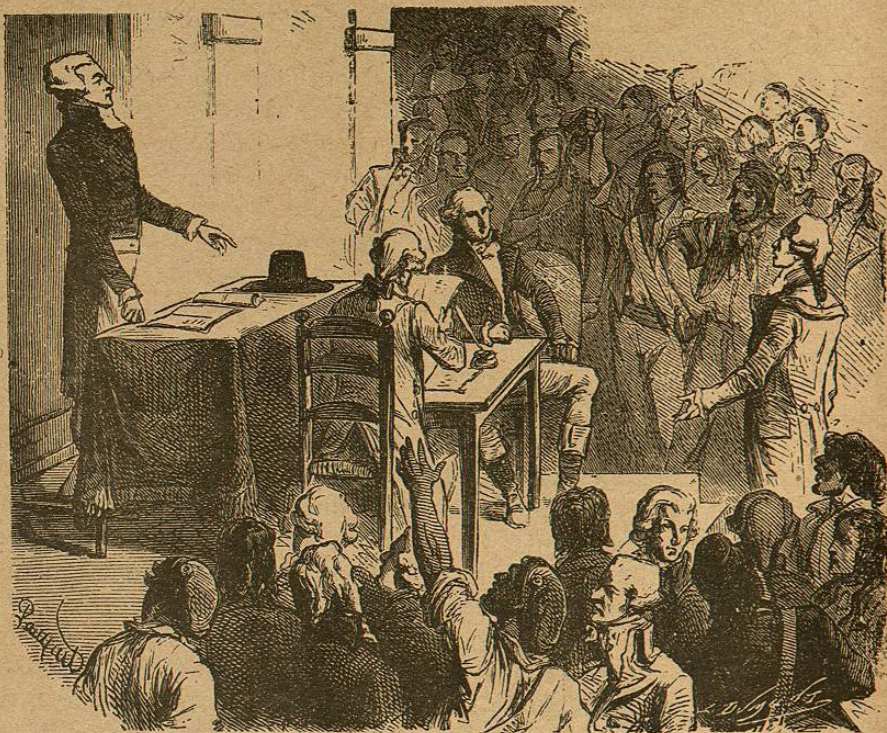
Los constitucionales retrocedían de asco (hablando como Froissard) ante aquella bestia salvaje; pero al retroceder la autorizaban. Les era muy fácil á Marat y á Freron, el predecir lo que habían de retroceder aquellos bastardos realistas en su inconsecuente retirada. Entonces gritaba el vulgo: «¡Milagro! ¡lo había dicho Marat, el verdadero profeta!» De este modo el loco furioso parecía el único razonable.

El americano Morris sostiene que en aquel momento era imposible toda solución, lo mismo la monarquía que la regencia y que la república. No, todo era difícil. La Francia se había encontrado en un momento por lo menos tan difícil: en el invierno del 89 al 90; entonces no tenía leyes, ni antiguas ni nuevas; vivió entregada á su instinto. Aún podía salvarse. El rey, sus hermanos y el de Orleans, estaban igualmente desacreditados en la opinión pública; la regencia no era posible más que ejercida por un consejo de diputados, por un comité republicano; era, pues, preferible una forma más franca, nada de regencia: la república. Dificultad por dificultad, las ventajas estaban de parte del gobierno que, después de todo, es el único natural, *el gobierno de uno por si mismo*, el que alcanza el hombre cuando libre de la fatalidad consigue el libre albedrío. A medida que se adelanta en la larga vida del mundo, en la experiencia política que empieza apenas, se comprenderá cada vez más, que la monarquía no ha sido más que un gobierno de excepción, *un estado provisional de salud pública*, propio de los pueblos en su infancia.

Por una parte la prensa violenta, los Marat y los Freron, por otra la Asamblea y los constitucionales, todos hablaban igualmente en nombre de la *salvación pública*, del interés público. Todos, partiendo de la misma filosofía que basa la moral en el *interés*, apoyaban en él su política, cuando era el *derecho* el que hubieran debido tomar como punto de partida; sólo el derecho podía dar luz en aquella situación tan oscura. Se invocó la salvación pública y corrió la sangre en nombre de la monarquía, que no podía ni salvar á los demás ni salvarse ella misma. Cosa extraña: los menos sanguinarios fueron precisamente los que primero hicieron correr la sangre, dando con aquella primera efusión el pretexto y la excusa para el diluvio de sangre que siguió luego.

El 15, día decisivo, creyó prudente Lafayette colocar cinco mil

hombres en los alrededores de la Asamblea. Para contener mejor á la multitud, había tenido cuidado de mezclar entre la guardia nacional alguna gente del barrio de San Antonio. La Asamblea, decidida á concluir aquel día de la mejor manera posible, empleó una buena parte de la sesión oyendo un informe sobre asuntos militares de los departamentos. Prestó mediana atención á las habladurías del viejo Goupil contra Brissot y Condorcet, y á los discursos que luego pronunciaron Gregoire y



Por la noche, en los Jacobinos, Robespierre... (Pág. 634)

Buzot. El de éste último, muy corto, fué sin embargo, notable; daba precisamente las razones que el 93 le impidieron condenar el rey á muerte: «Se trata de un crimen contra la nación; la Asamblea es la nación, sería, á la vez juez y parte: luego no puede juzgar, etc.»

Se había convenido en que la sesión se reduciría á dos discursos, repartiéndose los turnos entre Salles y Barnave; el uno, hombre de corazón, entusiasta, debía defender á Luis XVI, al hombre, á la personalidad; el otro, el frío y noble orador, Barnave, debía tratar la cuestión desde el punto de vista legislativo y político.

Salles, con insinuación dulce y atrevida, no temía dirigirse á los secretos sentimientos de la Asamblea. El rey ha protestado, es verdad,

ha dicho que la Constitución «era impracticable». Pero nosotros mismo hemos dicho muchas veces que era difícil de ejecutar, por la menos en los comienzos. La Asamblea ha podido contribuir al error del rey, viéndose obligada por el bien público á salirse de su papel de Asamblea, juzgando, gobernando, etc. De esta suerte, estaba seguro el abogado de ser oído favorablemente cuando buscaba una excusa para el culpable en los mismos fallos del juez, en los reproches que secretamente se hacía la Asamblea, en su poca fe actual, cansada y trabajada por su obra y por sus propios actos.

Barnave se elevó á gran altura. Su frialdad ordinaria, frialdad fingida aquel día únicamente en la forma, hizo valer el fondo, íntimamente apasionado que se sentía en todas partes, como en las tierras secas y frías de Asia, que en ciertos lugares están minadas por ríos de fuego. Se veía bien que se lo jugaba todo, que era aquel un momento supremo para él y para la Asamblea. La obligaba á escoger entre la monarquía y el gobierno federativo (afectaba no comprender ninguna república federativa más que como un gran Estado). Siendo solo posible la monarquía, decía, hay que transigir con la inviolabilidad que es su base. «¿Pero y si el rey comete faltas?... El peligro para la libertad estaría en que no las cometiese. Si os dejais guiar hoy por el resentimiento personal violando la Constitución, temed que algún día no os domine el entusiasmo. Cuidad de que en otra ocasión la misma volubilidad del pueblo, el entusiasmo de algún gran hombre, el reconocimiento por las grandes acciones (porque la nación francesa sabe mejor amar que aborrecer) no derriben en un momento vuestra absurda república... Creéis que un consejo ejecutivo, débil por naturaleza, resistiría por mucho tiempo á los grandes generales? etc. etc.»

«Esto por lo que á la Constitución se refiere. Hablemos de la Revolución: sabéis lo que sucederá después de la destrucción de la monarquía? *El atentado contra la propiedad*... No debéis ignorarlo; la noche del 4 de Agosto dió más fuerza á la Revolución que todos los decretos constitucionales. Para los que quisieran ir más lejos, ¿qué otro 4 de Agosto les queda que hacer?»...

Estos dos hábiles discursos habrían convencido á la Asamblea si ya no lo hubiera estado. Pero de antemano tenía ya decidido lo que quería. Lafayette pidió la terminación de los debates. La Asamblea, de acuerdo con lo propuesto por Salles y Barnave y con los comités, acordó: 1.º una medida preventiva: Si un rey falta á su juramento, si ataca ó no defiende á su pueblo, abdica, se convierte en simple ciudadano y es responsable por los *delitos posteriores á su abdicación*: 2.º una medida represiva: El castigo de Bouillé como *principal culpable*, de los servidores, oficiales, correos, etc., cómplices del rapto.

Para votar tranquilamente, la Asamblea se había rodeado de tropas, se habían cerrado las Tullerías, la policía estaba preparada y la autoridad municipal dispuesta en la plaza de Vendome para hacer las